

Julio Ituarte:

ecos de un notable músico mexicano

BETTY ZANOLLI FABILA

2005 es un año de especial significación para evocar el recuerdo de uno de los pilares del nacionalismo musical mexicano: el compositor, pianista y docente conservatorio, Julio Ituarte, y lo destaco porque que tendrá lugar una doble conmemoración: el 15 de mayo se cumplirán 160 años de su nacimiento y el 15 septiembre el primer centenario de su fallecimiento.

Pero esta coincidencia no es lo más relevante. Lo primordial es que su obra debe ser rescatada del olvido, y cuando de ella no sólo me refiero a su vasta producción musical sino de manera muy particular a dos de sus más importantes aportaciones. La primera de ellas, el haber sido uno de los primeros compositores que emplearon melodías y ritmos de origen mexicano como base de sus obras, no obstante haber sido un entusiasta amante del género lírico italiano. La segunda, haber consolidado lo que habría de constituir la escuela pianística mexicana de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Formado bajo la dirección de maestros como José María Oviedo, Agustín Balderas y Tomás León, así como en armonía y contrapunto de Melesio Morales, Ituarte pronto se convirtió en el primer pianista que destacó en el escenario musical mexicano, interpretando no sólo obras del repertorio clásico y romántico europeo sino también de sus propios contemporáneos en múltiples presentaciones tanto en el Teatro nacional de la ciudad de México como en diversos recintos artísticos de Cuba.

Pero era además un inigualable lector a primera vista, lo que le valió ser continuamente llamado para acompañar a los cantantes de la época:

Ituarte es en el piano mucho más que un aficionado distinguido; es un maestro notable y concienzudo. El afán de brillar en la ejecución, apaga por lo común en los pianistas el germen suave del puro sentimiento tanto más bello que una inútil y común agilidad. Ituarte ha alcanzado ésta sin que aquél se haya extinguido; hay en su manera de ejecutar una seguridad, una delicadeza, un buen gusto, una ternura que rara vez logran vivir vida común en muy aventajados ingenios musicales. Bien mereció Ituarte los aplausos calorosos que la concurrencia tuvo para él.

Así lo describía una crónica de 1875 publicada en la *Revista Universal*. Una década antes, en 1865, el nombre de este joven pianista y compositor aparece en el grupo de los intelectuales que establecieron la Sociedad Filarmónica Mexicana, en la que participó junto con sus maestros dentro de diversas comisiones, como la de conciertos. Al año siguiente figura entre los profesores fundadores del Conservatorio de Música de dicha agrupación, lo que le habría de convertir en el fundador de la cátedra de piano de esta institución –aún antes de su propio maestro Tomás León–, antecedente de nuestro actual Conservatorio Nacional de Música, en la que impartiría clase hasta su muerte en 1905. Cuarenta años de magisterio, aunados a su gran talento pedagógico y artístico, le permitieron formar una pléyade difícilmente comparable de notables pianistas y compositores. Baste tan sólo referir que entre sus alumnos se encontraron Felipe Villanueva, Carlos J. Meneses, Gustavo Campa y Ricardo Castro. Sin embargo, no es aventurado afirmar que su influencia trascendió a las generaciones que tomaron clases directamente con él y que en músicos como el propio Manuel M. Ponce ésta aún se conservó a través.

Paralelamente, Ituarte destacó como director de coros, no sólo como docente al impartir la cátedra a partir de 1893 de canto coral en el propio conservatorio, sino de manera relevante en la práctica profesional. Con Ángela Peralta, por ejemplo, trabajó intensamente en su compañía de ópera, al igual que como director del primer Orfeón Popular y del Orfeón del Águila Nacional, dos grupos corales integrados por obreros que tuvieron una participación muy prolífica dentro de los eventos de la Sociedad Filarmónica Mexicana.

Íntimamente vinculado con el género lírico, su creación pronto se vio favorecida por una febril producción de transcripciones y fantasías inspiradas en óperas de célebres compositores europeos de la época como *Carmen* de Bizet, *Romeo y Julieta* de Gounod, *Aída* de Verdi, *Ruy Blas* de Marchetti o *La Gioconda* de Ponchielli, de operetas como *El murciélago* de Strauss, así como de un importante número de óperas de los propios compositores mexicanos como Melesio Morales y Joaquín Beristáin. Incursionó también como adaptador en el género chico, inspirándose en diversas zarzuelas de Arrieta, pero además escribió dos: *Gustos y sustos* y *Gato por liebre*.

Compuso de igual forma un importante número de composiciones vocales, entre las que destacan *La partenza*, *Addio mia dolce speme*, *Il desio*, *El canto de los marinos* y participó en diversas melopeas, estas últimas inspiradas en textos principalmente del poeta Juan de Dios Peza, quien a su vez fuera también profesor del propio Conservatorio hacia finales del siglo XIX.

Sin embargo, el mayor número de sus composiciones fue dedicado al piano, su instrumento principal. A él dedicó obras inspiradas en formas clásicas como gavotas, mazurcas y minués, como otras de carácter más libre, propiamente románticas, en las que su inspiración cobró mayor fuerza, como antes había ocurrido en el caso de su propio maestro Morales. De este grupo des-

tacan fantasías como *Perlas y Flores* o *El rompepianos*, romanzas sin palabras como *Serenata morisca*, *Violeta*, *La ausencia*, *El Artista muere*, *Las golondrinas*, danzas –principalmente habaneras– como su colección *Bouquet de Flores*, *Tres danzas* o *Pensamientos musicales*, valeses como *Feliz año*, además de caprichos como *La Aurora* o *Ecos de México*, su obra más conocida, al que bautizó como capricho de concierto y que puede ser considerada justamente como la más representativa de los inicios del nacionalismo musical mexicano. Compuesta para los festejos de la Sociedad Netzahualcóyotl a mediados de los años setenta del siglo XIX, en ella pretendió integrar melodías y ritmos propios de nuestro país con técnicas europeas de composición. El resultado fue fantástico. *Ecos de México* es un mosaico del alma de nuestro pueblo que en compositores como el propio Ponce y más tarde Miguel Bernal Jiménez, seguirá teniendo vigente su influencia. Así, el trabajo que él realiza con temas de canciones como *Las mañanitas*, *El jarabe tapatío*, *Los enanos*, *El guajito*, entre otros, sería motivo de inspiración tanto para el respectivo tratamiento que hizo Ponce de melodías como *El durazno* o *Acuérdate de mí* en su fantasía *Balada mexicana*, como para el que realizó Bernal Jiménez en el *Cuarteto Virreinal*.

No preguntes a una alma que sufre / El nombre que tiene su oculto dolor / Las palabras no pueden decirlo / Tormentos tan hondos no expresa la voz. Darle forma a un ensueño que nace / Como el rayo de luz matinal / Puro, limpio, sin mancha, risueño / Diciendo al oído: "Vivir es amar". ... Así viven las almas que adoran / No indagéis su secreto dolor / Las palabras no pueden decirlo / tormentos tan hondos no expresa la voz! Estas son algunas de las líneas del notable poeta Juan de Dios Peza que inspiraron la música de Ituarte en la melopea ¡No puede decirse! Pero Ituarte supo expresarlo, con su gran sensibilidad, con su gran talento, y no sólo fue voz de su alma, lo fue tanto del alma universal como del alma mexicana. ■